

muerte próxima. Se dice que experimentó entonces el papa un vivo dolor de haber vuelto á Francia, y que prometió regresar inmediatamente á Italia si recobraba su salud. Pero ni Roma ni Italia habian de verle mas; pues murió el 19 de diciembre de 1370, á los ocho años de su pontificado.

§ VI. PONTIFICADO DE GREGORIO XI (30 de diciembre de 1370-27 de marzo de 1378).

39. La Providencia quiso que el hombre grande que acababa de perder la Iglesia fuese reemplazado por el cardenal Pedro Roger de Beaufort, sobrino de Clemente VI. Tomó el nombre de Gregorio XI y fué el último papa francés. La exclusion que desde esta época pesa sobre el reino de Francia no fué decretada jamás ni por constitucion apostólica ni por ley alguna: ha resultado naturalmente del estado de cosas y del temor de que un papa francés renueve la traslacion de la Santa Sede á su patria. Gregorio XI ha sido loado por todos los autores contemporáneos por su humildad, modestia, prudencia, liberalidad, mansedumbre y constante afabilidad. Conoció tambien la necesidad de restablecer la silla pontificia á su ciudad natural, y mas feliz en esto que su antecesor, logró llevar á cabo su designio. Es gloria no pequeña para la Francia el que la iniciativa y la última ejecucion de la restitution de la Santa Sede á su silla primitiva ha sido debida á papas franceses, y que lo efectuaron á pesar de innumerables obstáculos y dificultades de todo género. El primer tropiezo que halló el nuevo papa en la ejecucion de su proyecto le vino de Italia, donde se habia vuelto á encender el fuego de la discordia con gran violencia. Los Milanese y Florentinos volvieron á formarse en liga formidable contra el poder pontifical. Una compañía de aventureros, capitaneada por el inglés Juan Haukood, se puso al servicio de Bernabé Visconti y de los señores de Milan. Esta banda de vagabundos asoló todas las ciudades de la Romaña y Marcha de Ancona. Las poblaciones, desesperanzadas de ser socorridas por el papa, se mezclaron con los aventureros, recorriéndolo y asolándolo todo, y desplegando

una bandera en que estaba escrito en letras de oro el lema de *Libertad*. La rebelion se propagó como contagio. Viterbo, Perugia, Asis, Espoleto, Civita-Vecchia, Ravena, Ascoli, sacudieron el yugo de la Iglesia romana. Este movimiento insurreccional habia comenzado en noviembre de 1375, y al fin de diciembre ya no le quedaba al papa un solo puerto donde desembarcar. La república de Florencia habia sido la primera en dar la señal de sedicion, y contra ella debia dirigir Gregorio XI el condigno castigo.

40. Las armas espirituales solas no hubieran bastado para someter tanto revoltoso. Tomó pues el papa á su sueldo una compañía de Bretones, mandada por dos valientes caballeros, Juan de Malestroit y Silvestre de Buda. Esta compañía independiente, que contenia seis mil caballos y cuatro mil infantes, rescatava las provincias meridionales de la Francia: soldados valientes, aunque semi-salvajes é indisciplinados, tan afamados por su jactancia como por bravura. Se les preguntó si entrarían en Florencia: «Pues que el sol entra, ¿porqué no» hemos de entrar nosotros?» respondieron estos intrépidos aventureros. Tales eran los defensores que la hábil política de Gregorio XI se granjeó para la Santa Sede. Los Bretones pasaron los Alpes acompañados del cardenal Roberto de Ginebra, el cual lanzó entredicho contra Florencia, excomulgó á los cabezas de la república y les citó á comparecer en persona ante la Santa Sede. El ejército pontifical se esparramó por todas las ciudades del territorio de la república. Las guarniciones florentinas, no osando medirse en rasa campaña contra tan fogosos enemigos, se replegaron á la capital. El papa, por otra parte, habia mandado salirse de Aviñon á los negociantes florentinos; les persiguió en todas las plazas de Europa, permitió se confiscasen sus mercaderías, encarcelar á sus personas y aun venderlas como esclavos. Estas medidas trastornaron todo el comercio de Florencia y le causaron una pérdida de tres millones de florines. Los cabezas de la república, aturullados con tanto rigor, se concertaron en pedir la paz. Habia entonces en el convento de Hermanas de la Penitencia de Santo

Domingo, en Sena, una piadosa virgen, llamada Catalina, cuya vida se parecia á la de los ángeles. Era una de las naturalezas escogidas que le place al Señor formar para la perfeccion desde la edad mas tierna, para mostrar al mundo las maravillas de su gracia. Solo tenia veintinueve años, y por toda Italia resonaba la fama de sus altísimas perfecciones. En esta humilde virgen puso los ojos el señorío de Florencia para defender sus intereses en la corte de Aviñon; juzgándola como la sola embajada capaz de apaciguar la ira justa del soberano pontífice. Fué pues llamada la sierva de Dios á Florencia, y se la honró en extremo. Los principales de la ciudad salieron á su encuentro, suplicándole tomase en manos la reconciliacion de la república con la Santa Sede. Catalina aceptó para honra de Dios esta delicada mision, y la jóven monja, que hasta aquel momento habia pasado su vida en el silencio del claustro y en el arrobamiento de la oracion, se halló de improviso hecha embajadora de una poderosa república. Gregorio XI recibió á santa Catalina de Sena cual correspondia á su celo y virtudes, y para probarle su confianza, y deseo de llegar á una reconciliacion, puso en sus manos dictar las condiciones de paz, limitándose á encomendarle el honor de la Iglesia. Pero las negociaciones no lograron resultado alguno. Porque en tanto que la angélica embajadora de Florencia se esmeraba en allanar la senda de la paz, la república creaba el famoso tribunal de los *Ocho de guerra*. Al saberse esto en Aviñon, dijo el papa á santa Catalina: « Créeme, hija mia, Catalina; te engañan como á mí. » La guerra continuaba con el mayor encarnizamiento. Los Florentinos habian opuesto á los terribles Bretones la compañía de ingleses de Haukood; lo que hacia que toda Italia era teatro de incendios, saqueos y matanza.

41. A pesar de la anarquía que asolaba la Península, Gregorio XI se disponia á venir á Roma. Santa Catalina se lo suplicaba ardientemente. « Me pregunta Vuestra Santidad mi parecer sobre vuestra vuelta, le escribia en 1376. De parte de » Jesucristo crucificado os respondo que es necesario volvais lo » antes posible. » La querella entre Francia é Inglaterra, tan

fatal bajo el reinado de Juan el Bueno, se habia equilibrado en cierto modo por la prudencia y habilidad de Carlos V. Como los intereses de la Francia no retenian ya al soberano pontífice, el 13 de setiembre de 1376 dejó Gregorio XI el palacio de Aviñon para no volver á verlo ya. Atravesó toda la Provenza, acudiendo poblaciones enteras para manifestarle su pesar: le aguardaban en Marsella veintidos galeras bajo el mando de don Fernando de Heredia, gran maestre de los caballeros de Rodas. El definitivo regreso del papa á Italia produjo tal entusiasmo, que hasta la república de Florencia, á pesar de la guerra que sostenia entonces contra la Iglesia, habia enviado á Gregorio XI un hermoso navio ricamente pertrechado á su costa. El convoy pontifical se puso á la vela el 2 de octubre, y el 18 de enero de 1377 el papa, á caballo, hacia su entrada en Roma entre las entusiastas aclamaciones de un pueblo loco de contento, que no cesaba de exclamar; *Viva Gregorio XI!* Flores, iluminaciones, cantos, todo, todo acompañó á esta fiesta, y solo le faltaron los himnos que hubiera cantado el Petrarca, si hubiera sido testigo de una restauracion que tanto deseaba; mas el poeta habia ya muerto tres años antes, en 1374. Al restablecer la Santa Sede en Roma, Gregorio XI halló organizada una magistratura popular, llamada de los *Baneretis*: se apresuraron á depositar á los piés del pontífice sus varitas, emblema de su poder. El papa por sentimiento de generosidad no quiso señalar los primeros actos de su administracion con ninguna reforma de gobierno. Gregorio XI dejó subsistir el antiguo orden de cosas, y no tardó en arrepentirse de ello. En la historia de la Iglesia nada iguala á la movilidad de los Romanos sino la paciencia de los papas. Gregorio se vió muy pronto acosado por las eternas facciones que acosaban la ciudad; para sustraerse, tuvo que retirarse á Anagni.

42. A estas graves complicaciones políticas vino á juntarse la noticia alarmante de una grande herejía que entonces se formaba en Inglaterra. El autor de esta secta fué un teólogo de Oxford, llamado Juan Wicleff, carácter inquieto y orgulloso, y muy versado en las sutilezas de la encolástica. Nombrado

para el cargo de guardian [ó rector] de Oxford, se le habia quitado poco despues para dársela á un religioso. Wicleff apeló á la Santa Sede, que confirmó el último nombramiento. Desde este momento volvió Wiclef toda su cólera contra el papa. En los primeros tiempos se contentó con renovar los errores de Marsilio de Padua sobre la autoridad y potestad eclesiástica; pero muy pronto formuló un sistema completo de herejía. Hay en la doctrina de Wiclef dos lados ó puntos importantes: el lado filosófico, y el lado teológico. Bajo el primer aspecto, la doctrina del reformador es una mezcla grosera de maniqueismo, panteismo y fatalismo. Segun él, Dios abandona el gobierno del mundo á las potestades del mal, ó, en otros términos, el buen principio obedece al malo; toda criatura participa de la naturaleza divina. Una necesidad ciega es la razon única de cuanto acontece, de donde se sigue que no hay en Dios ni providencia, ni libertad, ni poder. Bajo el aspecto teológico, la doctrina de Wiclef es la teoría pura del presbiterianismo; el papa no es cabeza de la Iglesia militante; no hay necesidad ni de cardenales, ni de patriarcas, obispos ó concilios; los presbíteros y diáconos bastan para el ejercicio de todas las funciones sagradas. Como se ve, Wicleff era precursor de Lutero. Gregorio XI se apresuró, en una congregacion de cardenales, á condenar las proposiciones del novador. Escribió á Ricardo II, que acababa de suceder á su padre, Eduardo III, en el trono de Inglaterra, y le rogó usase de rigurosas medidas para sofocar el mal en su nacimiento. Un concilio, en Lambeth, presidido por el arzobispo de Cantorbery, condenó los nuevos errores; pero Wicleff continuó dogmatizando con mayor audacia. Gregorio XI no vió el fin de esta temible herejía; murió en Anagni el 27 de marzo de 1378. Antes de exhalar el último suspiro, formó una constitucion, en la cual ordenaba, para precaver los males de un interregno, que le bastaria al papa futuro reunir la mayoria absoluta de votos para ser legitimamente electo. Las antiguas reglas prescribian los dos tercios de sufragios para la validez de la eleccion.

CAPITULO III.

CISMA DE OCCIDENTE (20 de setiembre de 1378-11 de noviembre de 1417).

PAPAS LEGITIMOS CON RESIDENCIA EN ROMA.	ANTIPAPAS RESIDENTES EN AVIÑON.
URBANO VI (9 de abril de 1378-15 de octubre de 1389).	ROBERTO DE GINEBRA, llamado CLEMENTE VII (20 de setiembre de 1378-16 de setiembre de 1394.)
BONIFACIO IX (3 de noviembre de 1389-1º de octubre de 1404).	
INOCENCIO VII (17 de octubre de 1404-6 de noviembre de 1406).	
GREGORIO XII (30 de diciembre de 1406 abdica por la paz de la Iglesia, en el concilio de Pisa, 5 de junio de 1409).	
ALEJANDRO V (26 de junio de 1409-3 de mayo de 1410).	PEDRO DE LUNA, llamado BENEDICTO XIII (28 de setiembre de 1394. Su obediencia concluye, en el concilio de Constanza, el 26 de julio de 1417).
JUAN XXIII (17 de mayo de 1410 abdica, por la paz de la Iglesia, en el concilio de Constanza, 29 de mayo de 1415).	
MARTIN V (11 de noviembre de 1417 restablece la paz en la Iglesia y termina el cisma de Occidente que duraba 39 años.	

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE URBANO VI (9 de abril de 1378-15 de octubre de 1389).

1. Consideraciones históricas sobre el gran cisma de Occidente. — 2. Consideraciones teológicas sobre este cisma. — 3. Pauta de conducta adoptada relativamente á la clasificacion de los papas legítimos y de los antipapas. — 4. Eleccion de Urbano VI. Perturbaciones de que fué señal. — 5. Carácter del nuevo papa. Escision entre Urbano VI y los cardenales. Carta de santa Catalina de Sena á los cardenales. — 6. Eleccion del antipapa Clemente VII. — 7. La Universidad de Oxford toma partido contra la de Paris en favor del papa legítimo. — 8. San Pedro de Luxemburgo, cardenal, obispo de Metz. — 9. Negocios de Nápoles. Carlos de la Paz. — 10. Carlos de Anjou. Guerra de Carlos de la Paz contra Urbano VI. Muerte de Urbano VI.

§ II. PONTIFICADO DE BONIFACIO IX (3 de noviembre de 1389-1º de octubre de 1404).

11. Eleccion de Bonifacio IX. — 12. Ladislao, rey de Nápoles, se hacia aliado de la Santa Sede. — 13. Bajazeto I, sultan de los Turcos. Batalla de Nicópolis. Batalla de Ancira. Bajazeto I muere prisionero de Tamerlan. — 14. San Vicente Ferrer. — 15. San Juan Nepomuceno. — 16. Muerte del antipapa Clemente VII. Los cardenales de Aviñon le dan por sucesor Benedicto XIII. — 17. Doctores de la Universidad de Paris. Pedro de Ailly. El canclier Gerson. — 18. Benedicto XIII es arrojado de Aviñon. Muerte de Bonifacio IX.